

hato y largarse. Hablaba con los viejos. (“Ven a verme...”) Le llenaba la pipa algunas veces. Olía bien su tabaco. Le dije que había leído algunas novelas de Pearl S. Buck, de Lajos Zilahy y de Somerset Maugham. Se sonrió. Tenía libros, pero no me los dejaba¹².

Tras el intenso e ingente trabajo que caracterizó la década de los setenta y los primeros años ochenta, se observa cómo, a partir de la década de los ochenta, disminuye considerablemente el número de sus publicaciones –en mayor medida los cuentos que las novelas– y que sus obras tienen un tono más lastimero, más de queja, dado que el carácter de su autor se va tornando progresivamente más amargo, más escéptico y más cáustico, sobre todo en lo relativo a los dirigentes políticos, sociales y económicos.

Tal es el caso, por ejemplo, de algunas de sus obras marcadas por un cierto carácter experimental, como el libro de relatos *Papeles amarillos en el arca* (1969) y las novelas *Cuarteto de máscaras* (1976) y *La silla de oro* (1978).

Entre los diversos factores que contribuyeron a provocar ese cambio, el autor nos hablaba de los siguientes: la necesidad de ajustarse a una jornada laboral completa en el INSERSO, hasta el momento de su jubilación; la salida de Radio Nacional de España; la cada vez más deteriorada salud, y la entrada en vigor de unos criterios editoriales que, según él, se inclinaban mucho más por lo comercial y por no molestar a las gentes del poder, que por la literatura comprometida, la que siempre ha defendido el escritor albaceteño.

A todo ello, podríamos añadir el hecho de que, buena parte de los años setenta y algunos de los ochenta, fueron muy difíciles para los escritores españoles, debido al llamado “boom” de los escritores hispanoamericanos, los cuales pasaron a convertirse en lectura casi obligada para gran parte de los lectores españoles.

Será entonces cuando en su obra se aprecie un giro hacia lo que, siguiendo el término empleado por Luis Mateo Díez, hemos calificado como la etapa de los “mundos propios”; es decir, aquella en la que reaparecen

¹²Id., p. 301. Durante una conversación con Rosario, y en relación con ese escritor amigo de ésta, afirma Ramiro que es una persona que sabe “lo que son las tierras y los hombres de estas tierras” (107-108), aunque escribe de un mundo que ya no existe y, por tanto, su obra carece de valor testimonial. Aun así, Ramiro va a comenzar a leer un libro suyo que le ha dejado la maestra y que tiene como tema la religión y los enfermos. Sin duda, se debe de tratar de una alusión de índole metaliteraria a la novela *La tristeza también muere* o al ensayo *El Papa Bueno y los enfermos*.